

Madre Santísima de la Luz: y por tres veces manifiesta que quiere ser honrada con este nombre: y en el siglo pasado como en el presente, en la Europa como en la América, ha sido aclamada y bendecida con este nombre admirable; y en esta ciudad y en esta Diócesis pudiera decirnos que María Madre de Dios no es invocada, no es ensalzada sino con este título gloriosísimo de Madre Sma. de la Luz. ¿Y cuál otro pudiera ser para nosotros de mayor consuelo, y más amable, y más santo y más grande que éste? ¿Qué quereis decir de María? os preguntaré con el inmortal Obispo de Valencia, Santo Tomás de Villanueva ¿quereis decir de María Virgen, que desde el primer instante de su vida es pura, purísima, y más que los ángeles del cielo? ¿quereis decir que su alma santa es más hermosa que la aurora, y que la luna, y más blanca que las nieves inmaculadas del Carmelo? ¿quereis aplaudirla como Virgen inocente, humilde, mansísima, enriquecida con todos los divinos carismas y con todas las virtudes? ¿quereis con la Iglesia santa saludarla Madre amable, y admirable, Madre purísima y castísima de Jesucristo nuestro Criador y Salvador? pues llamadla Madre Santísima de la Luz y con ese solo título todo lo decís; él solo vale por otros mil y mil con que la aclaman y beatifican las generaciones y los pueblos, vale por el altísimo y dignísimo nombre de Madre del Divino Verbo, Dios de Dios y Luz de la eterna Luz.

Los siglos y las generaciones, la historia y la poesía no han podido inventar un título más sublime que éste: *Madre de Dios*. Dios mismo, dice San Anselmo, no ha inspirado un nombre más excelso, á excepcion del suyo propio, que el de Madre de Dios; y yo puedo decirnos, que despues del santo y admirable nombre de Madre de Dios, solo María pudo inspirar el título misterioso y sublime de Madre Santísima de la Luz, con que este pueblo la reconoce y la invoca.

Nombre sacratísimo, con que la aclamaron nuestros padres en todas las adversidades y peligros, y ella los escuchaba y les era propicia; nombre santo con que diariamente llamamos en nuestro auxilio á la Reina de los

cielos para inclinar hácia nosotros su bondad maternal y su ternura, nombre admirable, en fin, que al desprenderse de nuestros lábios deja regocijada el alma y henchido el corazon de esperanzas.

Y con el título de Madre Santísima de la Luz, con este nombre sagrado propio de la incomprendible dignidad de María, tambien estan con nosotros sus ojos de misericordia.

En la noche tristísima de nuestra vida estos ojos bellísimos son para nosotros dos estrellas de magnitud incomparable, siempre brillantes en el firmamento de nuestras esperanzas, que nos ilustran y dirigen nuestros pasos en el erial de nuestra mísera existencia. Su luz prodigiosa nos inspira el candor y la virtud, y nos eleva y nos sublima á las altísimas regiones de lo infinito. No hay quien pueda resistir el encanto, el hechizo de sus miradas; el corazon desfallece y se liquida: el mismo inspirado Esposo de los cantares apostrofando á su dulcísima Esposa la decia: hermana mia, esposa mia, aleja de mí tus ojos porque una sola de sus miradas ha herido mi corazon.

Son tus ojos dulces y hermosos, dice el Espíritu Santo, como los ojos de la paloma y ¿por qué solo con estos son comparables? porque los ojos de la paloma; son inocentes y limpios, y los ofenden las sombras de la noche; ellos no se abren sino solo á la luz del día. Así los ojos de la divina Madre no pueden abrirse, no pueden fijarse, no pueden permanecer sino solo en los pueblos y las naciones donde brilla la luz del Evangelio. Y como los ojos del águila que desde las inmensas alturas del cielo defienden con sus miradas el nido donde viven sus polluelos, así María desde la altura inaccesible del empíreo sobre cuya luminosa cumbre se levanta el trono inmortal de su grandeza, tiene fijas sus miradas sobre los pueblos que la reconocen y la invocan, que la honran y la bendicen, y con sus ojos los protege y los defiende.

Y en verdad ¿quién sino María ha defendido y sostenido inviolable y santa la fé de nuestros padres contra los fuertes ataques del error, replegando hasta el abismo sus impuras y pesadas sombras? ¿por quién sino por Ma-

ría en esta ciudad y en nuestra Diócesis se admira viva y ferventísima la piedad católica? ¿por quién sino por María, la semilla de la palabra divina se desarrolla entre nosotros prodigiosamente, ofreciendo todos los días los óptimos frutos de la virtud? ¿Y acaso el hombre enemigo ha podido sembrar la zizaña en nuestros campos, rompiendo el vínculo precioso del amor inmaculado que íntimamente estrecha nuestros corazones? No; y ni la cátedra pestilente de la mentira ha podido aún levantarse, ni los enemigos de nuestras creencias han podido alcanzar un solo triunfo, porque María solícita y cariñosa nos protege desde las alturas del cielo, valiéndonos más las dulces miradas de sus ojos que brillantes y disciplinados escuadrones: y si María está con nosotros ¿qué podemos temer? y si ella nos defiende ¿quién nos podrá atacar y combatir?

Ella tiene á la vista los males incontables que nos rodean por todas partes, las miserias que reportamos y las desgracias que arrancan lágrimas de nuestro corazón; desde que tocamos los dinteles de la vida hasta que llegamos á la orilla del sepulcro.

Miran sus ojos todo lo que sufrimos, todo lo que lloramos, para sostener nuestra debilidad en medio del abatimiento; para darnos su gracia y sus consuelos y levantar nuestro corazón hasta el empuje en alas de la esperanza.

Con nosotros están pues, los ojos de María ¿no es verdad? y somos felices, felicísimos teniendo hasta hoy en nuestro favor sus maternales miradas. Mas decidme, por ventura podrán fijarse en la una parte el nombre y los ojos de una Madre, y en la otra distante y muy remota su amante y compasivo corazón? No; responderéis, y con justicia; de ninguna manera puede esto decirse y ni aun pensarse sin ofender en lo mas vivo la ternura y cariño de una Madre y mas de una Madre divina como es María. Y ¿dónde está el nombre de su dignidad inefable? ¿dónde el título propio de su inmensa gloria? Aquí; aquí en este lugar escogido, me respondeis aquí está el nombre de la Madre Santísima de la Luz aquí,

aquí están sus ojos de misericordia. Pues si está el nombre de la Madre Virgen y si aquí brillan sus ojos, luego aquí está también su corazón.

Mas ¿dónde, me decís, dónde está con nosotros ese mar inmenso de los divinos carismas? ¿dónde ese abismo insondable de indecibles misericordias? ¿dónde ese firmamento hermosísimo de nuestras inmortales esperanzas? ¿dónde? ¡ah, hermanos míos, aquí lo teneis á los ojos, llevad vuestras miradas á esa Imágen para esta ciudad tan querida y venerada! En esa imágen de la Madre de Dios, en esa Imágen auténtica y verdadera de la Madre Santísima de la Luz que ella misma bendijo y en la que ha querido, obrando portentos, manifestarse nuestra Madre; allí encontrareis su corazón, allí permanecerá para siempre con nosotros, en los rasgos y colores y en la inspirada expresion de esa sacratísima pintura. *Dedit nobis cor suum in similitudinem picturae.*

Y no solo allí, sino que verdaderamente está con nosotros, con nosotros permanece el corazón purísimo, el amantísimo corazón de la Madre divina; y creedme, no vacileis ni un solo instante, oid: mas bien que dentro del pecho donde palpita y respira el corazón, él vive y permanece allá donde se encuentra su objeto querido, aunque se halle á inmensa distancia, aunque medien los cielos y la tierra y aunque se interpusiera el abismo. ¿Y no somos nosotros, hijos infortunados del proscrito del Eden, no somos, aunque indignos, el objeto del grande amor y de las caricias de María? ¿quién despues de Dios y de Jesucristo su divino Hijo, ha podido amarnos más? nadie; ni en los cielos ni en la tierra, ni entre los hombres ni entre los ángeles: ella es nuestra Madre y nos ama con todo su amor y con toda su ternura: luego aquí está su corazón.

Por otra parte, el corazón de María así como es todo amor es todo bondad, todo misericordia, y ¿dónde debe palpitar, dónde vivir, dónde permanecer el corazón misericordioso y compasivo sino donde viven y permanecen los miserables, en esta esfera oscura, region de luto, de lágrimas y de infortunios? y hoy.....en estos momentos

¿quiénes delante de Dios y de su Madre Sma. pueden llorar más justamente, que vosotros presentando sus miserias y desgracias, despues de la noche tristemente memorable del dieziocho del pasado? vuestra horrorosa situacion arranca lágrimas, y ha excitado en todas partes la compasion de los pueblos; no han descansado de llorar vuestros ojos y ni la prensa de contar vuestras desgracias, ni el telégrafo de mandar en alas de la electricidad, de una nacion á la otra hasta los confines del mundo, la nueva del espantoso siniestro que dejó á millares de vosotros sin pan, sin vestido y sin hogar.

Os ha tocado la mano del Señor, como lo ha publicado la pluma autorizada del compasivo y dignísimo Obispo de Querétaro, interpretando vuestros sentimientos y colocando en vuestros labios aquella queja sentidísima del pacientísimo Job: *compadeceos de mí, compadeceos de mí siquiera vosotros que sois mis amigos, porque me ha tocado la mano del Señor.* Os ha tocado la mano del Señor, el ángel de su justicia os ha visitado y habeis recibido el más justo y severísimo castigo, no hay dolor que pueda compararse con vuestro dolor, y grande es como el mar vuestro quebranto. ¡Oh noche desastrosa! ¡noche horrible en que como el estallido del trueno, resonó por toda la Ciudad, la voz de alarma que derrepente dieron los guardas: "el rio se desborda, la ciudad se inunda, perece la ciudad" ¿quién de vosotros en aquel momento no se sintió como herido del rayo y orillado á los abismos de la muerte? ¿quién no se reconoció culpable á los ojos de Dios y citado en aquel instante al severísimo Tribunal de su Justicia? ¡Pluguiese á Dios que aquella negra noche se hubiera borrado para siempre del número de los días y de los meses; y que el Señor jamás se hubiera acordado de ella!

El pánico desde luego se apodera de la ciudad y todos los habitantes entran en movimiento y confusion, todos contaban aquella noche como el término de sus días, y temblando, llenos de espanto, claman al cielo, encienden donde quiera las luces benditas, suenan sin cesar los sagrados metales, todos signan su frente con la cruz y es-

cludan su pecho con las imágenes de la Inmaculada, y da principio solemnemente la oracion de la noche, pública, magestuosa, sublime, conmovedora como la oracion del navegante en la noche de negra y récia tempestad: Madre Santísima de la Luz, clamaban todos con lágrimas, Madre Santísima de la Luz, defiéndenos; salva á tu pueblo, Madre Santísima.

Entre tanto el rio crecido levanta su nivel á grande altura, rasga todos los diques y se precipita sobre la ciudad, convirtiendo en caudalosos rios la mayor parte de las calles del Norte y del Oriente y las plazas en revueltos lagos: todos entonces queriais salvaros ¡oh, qué confusion, qué angustia, qué dolor! nadie sabia como escapar, nadie sabia como ni en donde libertarse; los unos corren por las calles, huyendo hasta encontrar con las corrientes, los otros suben á los muros, estos sobre los techos, aquellos sobre los árboles; todos lloran, todos tiemblan, todos rezan y claman aterrizados. Bien pronto las aguas precipitadas minan los cimientos é inundan las casas y los techos se hunden, con horrible estrépito se desploman las paredes, y las corrientes impetuosas tambien arrancan de raíz los árboles. Este mismo templo en aquellas horas se veia rodeado de una grande multitud bañada y semidesnuda que oraba con lágrimas y con clamores llamaba á sus puertas, pidiendo socorro y misericordia. ¿Dónde estabas oh Madre Santísima en aquellos instantes de suprema angustia y de terror, cuando tu pueblo invocaba tu nombre y clamaba á tí pidiéndote tu maternal proteccion? ¿Acaso por sus culpas apartaste tus ojos para no verlo y tus oidos para no escucharlo? ¿ó acaso porque el Arca Deífera de nuestra alianza con el cielo no estaba en su templo santo vino sobre el pueblo tan gran calamidad? ¿qué, porque la Señora no estaba en su casa, no se dignó atender á los que con tanto fervor la invocaban, ó porque no es este el lugar escogido y santificado para derramar sus gracias, nos esquivó sus misericordias? (1)

(1) Alude el orador á la circunstancia de que la Sagrada imagen no estaba en su propia Basílica, por estar ésta reconstruyéndose.

Pronto, muy pronto, Madre Santísima, volverás al lugar escogido y sacratísimo, donde por todos los días y para siempre estará tu nombre, y tus ojos estarán abiertos, y atentos tus oídos para escucharnos y favorecernos, pues desde la aurora hasta el ocaso con la diestra y la siniestra trabajaremos sin descanso, y terminaremos la recomposición y el decoro de tu templo.

Mas yo insisto, Madre mia, ¿dónde estuviste en aquella noche tan horrible? ¿qué, una Madre tan tierna y cariñosa como tú pudo abandonar á sus hijos en tan grande tribulación? no, tu amor no lo permitió ni lo permitirá jamás, y en esa noche que oscureció negramente la justicia divina, brilló con luz extraordinaria tu maternal y grande misericordia. Tú estabas en este templo y obrando portentos en esa bendita Imágen; tu nombre salía de todos los labios con los ayes, los clamores y los gemidos; estabas en medio de las aguas y acompañabas á los que corrían para libertarse de la muerte, tú dabas la mano á los que subían á los árboles ó sobre los muros; tú levantabas y salvabas á los otros sobre las ruinas, y por tí respiraron los que hasta despues de dos días vivieron debajo de los escombros; y tú en fin, en tus manos recibiste las almas de los infelices que perecieron, y por tu misericordia, y solo por tu misericordia, viven aún los que no sucumbieron en la catástrofe.

Este pueblo permaneció en la agonía más terrible y dolorosa en las altas horas de aquella lúgubre noche de destrucción, horas que pasaron lentamente hasta que los primeros tintes de la aurora aparecieron en el horizonte anunciando el nuevo día, y con el toque del *alba*, resonaron todos los campanarios de la ciudad; "somos salvos," dijeron todos saludando á la Madre Santísima con el *Angelus*. ¡Qué espectáculo tan triste y desolador presentó la ciudad en la mañana despues de la inundación! unas cuantas horas bastaron para convertir en ruinas una gran parte de ella, y un solo cuarto hubiera sido suficiente para destruir del todo la obra que levantaron tres siglos, si María, Madre de Dios, no hubiera defendido y protegido á su pueblo.

Y ¿qué haciais vosotros los que fuisteis víctimas de la inundación al contemplar á la luz del día tantos horrores, tanta destrucción, tanta desgracia? ¿qué hicisteis al veros sin vestido y sin hogar, reflexionando sobre las pérdidas irreparables que en un tiempo tan corto habiais sufrido? desesperados por ventura llorabais sobre los escombros? no; no, que para los cristianos verdaderos los bienes todos de esta vida son *escombros*, todos ellos en expresion del apóstol no son otra cosa que un monton de basura; nada valen para el cristiano que espera una vida inmortal más allá de la tumba, pues ¿qué haciais vosotros en la triste mañana del dieinueve de Junio? oh y cómo podré yo recordarlo sin conmovirme y derramar lágrimas de alegría! bendeciais al Señor y cantabais todos sus grandes misericordias; cada uno de los árboles, cada uno de los montones de ruinas ofrecía un nuevo coro de alabanzas inspiradas, sublimes, angelicales. La más santa alegría en aquella mañana vino á llenar en vuestro corazón los abismos de la tristeza de la noche.

Conformes con vuestra suerte y resignados con la voluntad soberana y sapientísima del cielo, deciais cada uno con el humildísimo Job, ejemplar de la paciencia cristiana: "Dios me lo dió, Dios me lo quitó, bendito sea Dios: desnudo salí del vientre de mi madre y he quedado ahora desnudo, bendito sea Dios:" si contentos y regocijados, deciais tambien con el anciano Tobias, "recibimos los bienes de la mano liberalísima de Dios sin merecerlos ¿por qué nos hemos de contristar cuando de su misma divina mano recibimos los castigos de que somos ignos?"

Y aun continuais tranquilos bendiciendo al Señor que ha sido vuestro refugio y vuestra virtud en las grandes tribulaciones que se precipitaron sobre vosotros; El os ha consolado, El ha enjugado ya vuestro llanto y en vuestro favor ha obrado portentos su infinita misericordia ¿podeis decirlos? ¿podreis contarlos? no, pues sería preciso que pudierais decir los peligros y angustias en que se vió cada uno de vosotros en aquella noche

amarguísima, sería preciso que pudierais contar todas las miserias que lamenta esta ciudad y las que pudo lamentar si la dignísima Madre de Dios no hubiera obrado en vuestro favor, para salvar á los que sobrevivis despues de la catástrofe.

Cuando yo os contemplo y recuerdo los horrores en que fué envuelta la ciudad aquella noche, cuando lleno de asombro advierto que la fuerza espantosa de las corrientes no solo pudo derribar vuestras casas, sino levantar y jugar con los cimientos más firmes y profundos, y arrancar los grandes árboles, cuando veo esto, cada uno de vosotros los que las aguas no arrastraron al sepulcro, los que no quedasteis aplastados debajo de los escombros, los que no sufristeis el castigo que exigen vuestros pecados, cada uno y todos me pareceis un milagro patente y palpable de la divina misericordia, entonces verificado por intercesion de la Madre Santísima. Reflexionad sobre los millares y millares de casas que fueron destruidas, y sobre el número de las víctimas que perecieron, y vereis que éste apenas tiene alguna significacion comparado con el primero, y ¿no es esto un prodigio de la misericordia de Dios, un portentoso de la Madre Santísima de la Luz?

Sí, Maria se levantó en vuestro auxilio y así oportunamente por ella habeis sido consolados; la caridad cristiana tambien ha obrado en vosotros maravillas; en torrentes se ha derramado sobre vuestra ciudad; la deplorable situacion en que os encontráis ha excitado en los corazones esa virtud nobilísima y divina, todos os compadecen en la grande extension de nuestro pais y aún más allá de sus límites, y de todas partes sin dilacion se han apresurado á favoreceros en vuestra desgracia, y ¿no es este otro favor singularísimo de la divina Madre? los tesoros se han abierto en donde quiera para socorremos y los graneros para daros pan: y de nuestras ciudades, de nuestros pueblos, y aún de las aldeas, se han mandado ropas para vestir á aquellos de vosotros que desnudaron las aguas. Jamás en México se había visto tanta caridad, jamás se había desarrollado como ahora en vuestro favor tan grande y sagrado sentimiento que os ha llenado de consuelo,

con sus frutos teneis ya en parte reparadas vuestras pérdidas.

Conservad en vuestros corazones el precioso depósito de la fé divina, y avivando cada día más y más vuestra esperanza, afirmadla en la Santísima Madre de Dios y no pasarán muchos años sin que veais regocijados resplandecer con nuevo y escogido brillo en esta ciudad sus misericordias. Comenzad desde luego en el nombre del Señor á reconstruir esa gran parte arruinada, trabajad todos como un solo hombre para reparar vuestras casas en el nombre de Dios, no lo olvideis: porque si el Señor no está con vosotros al reconstruir la parte arruinada, en vano trabajareis, invocad su nombre y él será con vosotros y para vosotros el custodio vigilantísimo de vuestros intereses, de vuestro hogar y de vuestra vida. Si él está con vosotros, las corrientes impetuosas del rio en vez de llenaros de pavor y ponerlos en fuga hasta la cima de los montes, alegrarán vuestro corazón.

Mas á vosotras, oh madres infortunadas, que como Raquel en Ramá con tristísimos clamores llorais á vuestros hijos, sin admitir algun consuelo porque ya no existen ¿qué podré deciros desde la cátedra del Espíritu Santo, para mitigar vuestro dolor y calmar las angustias de vuestra alma desolada? ¿qué pérdida podrá compararse con vuestra pérdida? ¿y cómo pudiera repararse! vuestros hijos valian más para vosotras que todas las casas destruidas, y que todas las riquezas sepultadas ¿qué podré hablar pues para vuestro consuelo? acaso nuestra adorable religion no tendrá reservado alguno para aliviar vuestro quebranto? sí, si tiene, tiene para vosotras consuelos y esperanzas: un tesoro precioso para vuestro corazón eran vuestros hijos que perecieron, pues este tesoro lo trasportaron al cielo las manos purísimas de Maria, nuestra Santísima Madre, allá está en las sublimes alturas donde el ladrón no puede adjudicárselo, donde el tiempo no puede consumirlo y perderlo. No lloreis pues como las hijas de Jerusalem sobre su suerte; ni tampoco lloreis so-

PANEGIRICO DE LA

bre la vuestra, María con su gracia y misericordia coronará vuestro sufrimiento.

En verdad, carísimos hermanos, nada más sensible para el corazón de una madre que la pérdida de sus hijos; por esto María tanto se interesa en la salvación de aquellos que felizmente la llamamos Madre: los hijos aunque ingratos, aunque miserables é indignos, son para el corazón de la madre el tierno objeto de su cariño; son sus delicias, son su tesoro; y nosotros por divina dignación somos hijos de María, somos hijos de la Madre Santísima de Dios que nos ama tanto cuanto más miserables somos é indignos; somos su tesoro escondido entre los escombros de esta vida, escondido en los abismos de la culpa; pero ya lo dijo el divino Maestro cuya palabra jamás puede faltar, ya enseñó Jesucristo para nuestro consuelo aquella máxima sublime: "*donde cada uno tiene su tesoro allí tiene su corazón.*" luego arrojad gritos y dad saltos de regocijo, en este valle de lágrimas y de miseria está y estará para siempre el corazón de María.

¡Oh Madre Santísima de la Luz Divina, excelsa Reina de los cielos, en esta tu Imágen bendita y prodigiosa, eres para este pueblo preciosísimo tesoro de gracias y misericordias; en tí están y estarán para siempre nuestros pobres corazones que en humilde cestillo te presenta el ángel que nos custodia, no los desprecies, míralos contritos é inflamados en tu amor; entraron las aguas hasta lo más profundo de nuestra alma, pero esas muchas aguas no pudieron extinguir tu amor, tu pueblo te ama y te amará, porque sólo tu brazo maternal pudo sostenerlo á las puertas del abismo á donde sus grandes culpas lo precipitaban. Nosotros te amamos, te amamos con el alma porque toda has sido misericordia para nosotros, tus ojos han estado siempre fijos en nuestras miserias para socorrernos, tus oídos atentos para escuchar el llanto y los clamores de los miserables, tus pies ligeros y prontos para venir en nuestro auxilio, tus manos han derramado sobre nosotros los tesoros de la misericordia; bendita seas, Madre Santísima. ¡Ruega por nosotros y bendícenos para que el Señor tu Hijo y nuestro Dios, no

MADRE SMA. DE LA LUZ.

vuelva de nuevo á castigarnos con tan terrible castigo; muestra que eres nuestra Madre para calmar sus enojos y apagar el rayo de su indignación justamente encendido contra los culpables, defiéndenos de las iras divinas debajo de tu manto maternal, sálvanos y bendícenos, Virgen santa.

Dígnese también tu bondad inmensa remunerar copiosamente á los que, *en nombre de Dios*, con tanta generosidad han favorecido á tu pueblo en su miseria: para gloria de tu Hijo y bien de la humanidad infortunada, bendice y aumenta sus tesoros, centuplica los frutos de la tierra para los que le dieron pan, viste con las preciosas ropas de la gracia y de la virtud á los que cubrieron su desnudez; y á todos los que nos han compadecido, da la paz de Dios á sus familias, conserva la fé divina, la fé de nuestros padres en sus corazones y defiéndelos siempre con tu nombre, del castigo que nosotros hemos merecido.

En fin, no olvides, inclita Madre, benignísima Señora, que esta ciudad es tuya, que es el lugar hoy nuevamente escogido y por Tí santificado, para que en él sea bendecida y aclamada esta tu Imágen sacratísima, para que en él esté tu nombre, y con tu nombre tus ojos de misericordia, y tu dulce y maternal corazón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tollez